

Arquitectura, rebeldía y espacios frágiles

Marta Llorente*

Universitat Politècnica de Catalunya

marta.llorente@upc.edu

Resumen: Este artículo interroga la posibilidad de rebeldía que acompaña la acción fuerte asociada con la arquitectura, históricamente dependiente del poder, de sus instrumentos y representaciones. Se propone la alternativa de la producción de espacios frágiles que se expresen de manera poética y crítica, que tengan la capacidad de dar lugar a situaciones marginales pero creadoras de sentido. Se revisan las posibilidades de la autoconstrucción, de la alteración del espacio cívico por causa de la acción política, de la huella de actos de memoria espontánea y de otras figuras que acompañan a actos de rebeldía legítimos.

Palabras clave: arquitectura y poder, ocupaciones espontáneas, marginalidad, poética y política del espacio.

Abstract: This article questions the possibility of rebellion that accompanies the strong action associated with architecture, which is historically dependent on power, its instruments and representations. Then, the production of fragile spaces is proposed as an alternative. Those spaces are expressed in a poetic and critical way, and are capable of accommodating situations that, despite being marginal, do create meaning. The possibilities of self-construction are reviewed, as well as the alteration of civic space by political action, the impact of spontaneous acts of memory and of other figures that accompany legitimate acts of rebellion.

Keywords: architecture and power, spontaneous occupation, marginality, poetics and politics of space.

* Marta Llorente Díaz, profesora titular de la Escuela de Arquitectura de Barcelona (UPC), coordina el grupo de investigación Arquitectura, Ciudad y Cultura (ACC), que explora el concepto de espacios frágiles. Editora de *Topología del espacio urbano* (2014) y *Espacios frágiles en la ciudad contemporánea* (2019), ha publicado los ensayos *La ciudad: huellas en el espacio habitado* (2015), *Poética urbana* (2019) y *Construir bajo el cielo. Un ensayo sobre la luz* (2020). ORCID: 0000-0003-1270-006.

No en palacios de mármol,
no en meses, no, ni en cifras,
nunca pisando el suelo:
en leves mundos frágiles
hemos vivido juntos.

PEDRO SALINAS

Al final escogemos un lugar peligroso,
un pretil, una vía,
la punta de un puñal donde pasar la noche.

GLORIA FUERTES

Es difícil saber cómo puede la arquitectura ser rebelde, o pactar con la rebeldía: ¿cómo puede dar respuesta al tiempo adverso, a la injusticia, al abuso de poder? ¿Y cómo puede resistir al propio poder? Para saberlo, convendría volver al término global de arquitectura y explorar su alcance: su propio poder como trabajo, disciplina, saber. ¿Y si no habláramos de arquitectura, sino de formas de *producción de espacio*, en el sentido que le dio ya en 1974 Henri Lefebvre, de una manera de incidir y dar forma al espacio cuya impronta fuera mas liviana pero no menos significativa? Sería más fácil entender las formas de *creación de espacio*, ingeniosas aunque precarias, que acompañan a los actos de rebeldía.

En este sentido hemos trabajado en el grupo de investigación que coordino, Arquitectura Ciudad y Cultura, buscando la idea de fragilidad espacial, y hemos recogido diversas experiencias en la publicación *Espacios frágiles en la ciudad contemporánea*, aparecida a finales de 2019. Partíamos de un texto de Beppe Rosso y Franco Tarico (2000), donde se daba la palabra a las figuras que representan la fragilidad en el marco de la ciudad, figuras marginales apenas dotadas de voz propia, a las que los autores ofrecen contar sus historias en experiencias teatrales que han organizado. Trasladando esta idea de fragilidad al espacio que da lugar a estas voces marginales, en nuestra investigación vimos aparecer una forma de ocupación que no siempre es marginal o residual, sino que puede estar dotada de atributos poéticos, capaces de crear sentido y desdoblarse un potencial creativo, como las figuras de la *ciudad frágil*. Formas de creación de espacio que han sido posibles gracias a una acción colectiva o individual derivada de actos políticos pero tam-

bién poéticos. Formas que permiten crear, remodelar y transformar el espacio, además de resignificarlo, que imprimen en el marco espacial quienes viven y tienen su capacidad de acción lejos de los poderes oficiales. Formas sutiles que pueden dar una oportunidad de representación a los actos de rebeldía y que requieren, para ser interpretadas, una lectura delicada, atenta y escrupulosa, capaz de descifrar sus signos y valorar su creatividad.

Deberíamos, quizá, aclarar cómo estas figuras se vinculan a la rebeldía como lucha legítima que conduce de manera irreversible al progreso y descartar aquellas acciones que suponen —o pueden suponer por sus consecuencias— el retroceso de las libertades y el sometimiento a otras fuerzas igualmente negativas. El término «rebeldía», por sí mismo, no aclara esta cuestión fundamental que nos permitiría tomar partido —o no— por su causa. A partir de aquí, para poder seguir explorando el campo de acción de la rebeldía, consideraré su lado positivo: como respuesta, no solo legítima, sino también transformadora, de la realidad. Entendiendo que esta opción puede ser subjetiva y estar separada solo por una frontera problemática de la violencia, que ha de tenerse en cuenta, ya que se hace necesaria, como toda contestación al dominio político ha demostrado en la historia.

La arquitectura como ejercicio poético: dificultades para seguir diciendo la verdad

La arquitectura, como acción fuerte, expresiva, visible y que se impone en el horizonte de significación del espacio común, ha estado siempre vinculada a los po-

deres triunfantes, demasiadas veces manipulada por la propaganda política y por los intereses hegemónicos para permitir que descubramos en ella un juego más sutil, un diálogo sostenido en voz baja con otras formas de expresión que aquí llamaremos poéticas.

La arquitectura sostiene una relación fundamental con lo que aún consideramos arte. Un vínculo tal vez críptico, escondido detrás de las apariencias más inmediatas. El arte, tal y como aún creo posible entenderlo hoy, cuando la propaganda de los intereses políticos se apropia de las formas de comunicación más extendidas, tiene la oportunidad de demostrar su capacidad de insumisión, de perturbar el orden impuesto por toda ideología sustentada por alguna forma de poder. Hans Magnus Enzensberger, poeta y pensador, cuestionaba hace décadas, en 1962, la relación que la poesía podía mantener con la política. Sus conclusiones de entonces marcan un campo de dificultades que vale la pena recordar aún. Aquí solo puedo resumirlas, pero remito a la lectura completa del artículo «Poesía y política», según el cual:

La poesía debe mostrarse incorruptible frente a cualquier poder político; lo que se denominaba antes inspiración ahora se llama espíritu crítico: el espíritu crítico se convierte en la fértil inquietud del proceso poético. A los ojos del poder político la poesía es anárquica; subversiva por el mero hecho de existir; la poesía es siempre es anticipación, en forma de duda, de repulsa o de negación (Enzensberger, 2008 [1962]: 215).

Lo que se le exige a la poesía no puede pedírsele a un arte subordinado a la técnica y a la utilidad, como es la arquitectura. Pero tal vez interese pensar esa radical libertad de la poesía porque subraya la necesidad de ser incorruptible frente a cualquier poder político, advirtiendo que la interferencia de otra forma de poder anula el propio poder del arte. Interesa la idea de que la poesía, como todo arte, debe ser anticipación, lucidez crítica, lo cual excluye la posibilidad de un arte cínicamente elitista y rutinario. Ya en 1935, Bertolt Brecht había expresado su preocupación por la relación entre poesía, arte y política en un texto muy divulgado, que tituló «Cinco dificultades para quien escribe la verdad» (Brecht, 1984 [1935]: 157-171),¹ que se adelantaba al desengaño moral que siguió a la gue-

¹ La primera versión fue publicada en 1934 con otro título, «Dichter sollen die Wahrheit schreiben» («Los poetas deben escribir la verdad»), y la definitiva, en 1935, se llamó «Fünf Schwierigkeiten beim Schreiben der Wahrheit» y apareció en la revista *Unsere Zeit*. En 1938 se difundió como texto clandestino.

rra. Esta preocupación la expresó, desde la reflexión estética, Theodor Adorno, y exigió, incluso para un arte tan puro como la música, un permanente estado de alerta en la creación, una ruptura continua que no complaciera las expectativas de la sociedad. Si este permanente estado de creatividad en el desasosiego no era posible, era preferible según Adorno que el arte enmudeciera por completo.

Estos debates indican una dificultad añadida para resolver el estado de subordinación, en el caso de la arquitectura, más obligada aún al servicio y a la obediencia a las estructuras dominantes. Ante esto, podemos defender la posibilidad de que la arquitectura pueda dar respuestas frágiles pero significativas al poder. Proponer otras formas de arquitectura, de producción de espacio, capaces de sembrar en el horizonte del mundo gestos significativos que expresen, a pesar de su marginalidad, una nueva *poética*. Gestos que, aun dejando huellas discretas, son fuertes para crear memoria. Una poética que, para cumplir con un espíritu necesariamente crítico, se atreva a contradecir las expectativas de la tradición, saltando sobre sus normas. Una forma de dar sentido al espacio que esquivé la tiranía económica, siempre próxima al poder. Formas de creación de espacio que pueden seguir diciendo la verdad, mantener la lucidez crítica y abrir vías de anticipación. Todo ello encierra la opción de la rebeldía, la opción de una insumisión legítima frente al orden político y social.

La arquitectura ha mantenido con el poder una histórica sumisión, obedeciendo en la representación de sus símbolos y acatando la jerarquía social impuesta. Según esta acepción fuerte, la arquitectura ha sido con frecuencia un instrumento nada neutral del poder político triunfante después de guerras y revoluciones. Incluso en momentos de grandes logros estéticos, como fueron los de la arquitectura soviética que siguió a la Revolución de 1917, en las creaciones del constructivismo, pasó pronto a someterse al poder tiránico del estalinismo, entrando en una retórica grandilocuente y enfática semejante a la de la arquitectura promocionada por el fascismo alemán, a partir de 1933. Solo parece escapar parcialmente a esta ley la arquitectura que sirvió al fascismo en Italia, que dio frutos de gran belleza estética al tiempo que reforzó las consignas de ese poder opresivo.

Estos ejemplos demuestran el papel propagandístico de la arquitectura, que ha seguido, en muchos casos de dudosa ética, a los poderes a los que se ha sometido, demostrando sumisión a las fuerzas económicas que le conceden realidad, que regulan la modificación del entorno, la planificación y la construcción —o destrucción— de vías de comunicación. A través

de esta sumisión, la arquitectura termina siendo cómplice de las consecuencias negativas que derivan de la ordenación de infraestructuras, de la implantación de la industria y de la gestión de residuos, así como del impacto que causa el abandono de estructuras obsoletas en el paisaje —tan presentes, que apenas las percibimos ya—. Y asimismo es cómplice de la destrucción del medio si sigue a ciegas unas directrices rutinarias, a pesar de que podría contribuir a gestionar y subsanar esa misma destrucción ya imparable. También se compromete si acata las normas injustas que ha regulado en ocasiones el derecho al suelo, al hábitat y al espacio cívico.

En contra de estas formas de sumisión, veamos otras maneras de crear espacio que, más allá de las huellas frágiles que dejan tras de sí, parecen escapar de todo poder opresivo porque surgen de la necesidad y de la espontaneidad o porque se posicionan frente a las carencias que regulan el suelo y frente al desorden ambiental, buscando nuevas soluciones y anticipándose a los problemas.

Espacios frágiles

Hay ejemplos memorables en todos los tiempos de formas de arquitectura y de creación de espacio que llevan de algún modo el sello de una actitud, si no insumisa, al menos sí fuertemente crítica. Históricamente, las encontramos vinculadas a una vanguardia arquitectónica europea activa en los años de entreguerras y en la segunda posguerra que creó las bases de lo que se ha llamado movimiento moderno. Esos episodios dieron lugar a una renovación de la arquitectura enfrentada a la tradición constructiva y estética asimilada por los poderes dominantes, así como por las *academias*. Estos episodios de lucidez, que tienen nombres propios que conocemos bien, parecen apagarse después de los años ochenta, al entregarse aparentemente la innovación arquitectónica a ese *star system* que tan bien ha jugado a reflejar la imagen del poder económico en el mundo hegemónico. Por fortuna, en los últimos años crece la presencia de una arquitectura que rechaza el derroche y busca alternativas constructivas y energéticas, en alianza con las ciencias y el progreso tecnológico y que cada día es más visible. Esa sería otra historia que no podemos seguir ahora, una historia en marcha, pues esa nueva arquitectura sostenible se ha abierto paso para ser escuchada desde las instituciones académicas y estatales en buena parte del mundo.

Dejando atrás la historia y el desarrollo actual, otras formas de crear espacio podrían hoy asociarse a

una actitud de rebeldía en su sentido positivo y más radical. Por ejemplo, formas de crear y de ocupar un espacio por parte de quien se siente privado de él por las leyes del mercado inmobiliario, cada día más voraz. No es algo nuevo: la arquitectura ha pertenecido durante siglos a los pueblos, a las gentes que han ejercido el derecho a edificar su propio hábitat. Siempre y en todas las culturas ha existido una arquitectura sin arquitectos, fruto de un sujeto colectivo y anónimo, a la cual llamamos vernácula, a falta de un término mejor, usando una bella expresión que la vincula al devenir de las lenguas. Se trata de una arquitectura que ha nacido de la necesidad y ha modelado el mundo para dar cobijo a las personas de manera urgente y hábil, dejando largas herencias para el conocimiento de las técnicas y de las formas en cada lugar. Una arquitectura que ha sabido adaptarse a los recursos de la tierra. Y esta forma de arquitectura ancestral tiene rasgos comunes con la arquitectura que llamamos autoconstruida: ambos sistemas representan hoy el 90% del hábitat mundial.

Pero la autoconstrucción marca diferencias con la construcción vernácula, en su acepción contemporánea. Alude al mundo tecnológico, a la ciudad dilatada, al territorio que se transforma en ritmos acelerados. La autoconstrucción representa una forma de rebeldía.² En sentido técnico, recicla materiales y desafía las instrucciones que regulan la seguridad constructiva. Marcada por la urgencia, a veces se levanta contra las normas legales de manera clandestina. Utiliza materiales que son el detritus de la sociedad, de la ciudad y de la industria, y da nueva vida a lo que no se recicla. La autoconstrucción demuestra que los márgenes son aún habitables y que siempre queda un lugar para lo que no se ha sabido ubicar. Sus construcciones no dejan huellas fuertes en el suelo, desaparece del mapa a su paso siempre azaroso por los territorios, creando otra forma de memoria también frágil. Hoy nos interesa esa memoria: por ejemplo, en Barcelona, conocemos mejor los asentamientos barraquistas que, desde la dictadura de Primo de Rivera hasta el franquismo, crearon barrios alternativos que se sostuvieron a sí mismos, donde creció la conciencia política y de clase que se mantuvo en la era de los polígonos y de los barrios de bloques, que siguieron siendo parte de la

2. Hoy existen cientos de experiencias de autoconstrucción activas; entre ellas hay distancias abismales, por sus distintos grados de autonomía y de obediencia a las leyes, así como según las iniciativas que las promueven. Ahora me limito a recordar su derecho a pertenecer a la arquitectura, como saber, realidad y capacidad de transformación. Este derecho a ser considerada arquitectura está recogido en las experiencias de John F. C. Turner y en sus textos.

ciudad marginal. En Barcelona, hace años que rebrotan las barracas: apenas son perceptibles, pero están en expansión, y van abriendo sus trazados en los márgenes. En todas las ciudades, en los suburbios del continente africano, en las favelas americanas y en los *bidonvilles* europeos, existe una forma de creatividad que algún día sabremos apreciar, y que acaso se impone como una poética suburbial que brilla por el ingenio que despliega en su ámbito espacial y porque ha generado poesía urbana y relatos literarios más intensos que los que genera la ciudad *oficial*.

Los campamentos de refugiados comparten características con los barrios autoconstruidos y crean sus estructuras en ritmos aún más acelerados. La acción filantrópica de las sociedades que dota a estos campamentos de recursos queda eclipsada por el ingenio que demuestran los propios usuarios para remodelar y adecuar esas mismas estructuras. O para volver a levantarlas cada vez que son desmontadas, como el campamento de Calais, arrasado por las excavadoras en pocos días en 2015, y en años sucesivos, que ha rebrotado cada vez sobre el mismo suelo. Es posible que el levantamiento del plano de esas ciudades precarias nos enseñe algo sobre las utopías del siglo XXI.

Otro tipo de acciones sobre el espacio, aún más frágiles y sutiles, son las que crea la reivindicación política de los grupos sociales que exigen mejoras y libertades. Formas efímeras en sentido material pero contundentes por la transformación que crean en el espacio público. Hay mil ejemplos próximos o distantes a nuestra cotidianidad. Dejando de lado las acciones violentas, que siempre han sido y serán posibles, así como aquellas que, fruto de una programación política que emana de las mismas instituciones, disponen del apoyo y consentimiento del poder establecido, la acción política merece ser tenida en cuenta como transformadora de espacio. No puedo olvidar el ejemplo, extremo por liviano, que creaba la rotación de las Madres de Plaza de Mayo, en Argentina: se les prohibió ocupar el espacio público y por eso se movían incesantemente bajo el lema «¡circulen, circulen!», como explicaba la arquitecta argentina Maru Troncoso. Conocemos otros espacios que ha creado muy cerca de nosotros la acción política, como las acampadas del 15-M, donde una suerte de poética recuerda de manera acelerada la misma fundación de la ciudad, los procesos que en tiempos muy dilatados siguen los asentamientos urbanos. Iniciativas que de forma pacífica y radicalmente espontánea crearon espacios complejos: una historia que ha estudiado Marina Povedano (2019), desde el análisis y desde el activismo, donde nos explica el súbito brote de aquellas

acampadas y su fracaso parcial, al caer bajo el control de las organizaciones políticas. Una lección de cómo la arquitectura frágil pierde atributos poéticos en cuanto es instrumentalizada.

Podríamos considerar otros momentos de la historia reciente en que la acción no es constructiva, sino destructiva. Recuerdan que la arquitectura no solo levanta estructuras, sino que también se ocupa de rehacerlas, de sustituirlas, y que esa labor no cesa nunca y no debe cesar. El espacio no puede congelarse en una maqueta fija e incuestionable. Pensemos en la destrucción súbita, aunque precedida por una larga tensión, del Muro de Berlín, en 1989. Una experiencia que invita a conocer el poder de la ciudadanía, un acto de verdadera insumisión que no fue el primero y no será el último que derribe barreras injustas. La historia ha dado muestras de apropiación del espacio por la eliminación de símbolos de opresión y tiranía. Aunque esos actos pueden perder legitimidad si violentan otras formas de memoria y causan enfrentamientos sociales muy difíciles de conciliar. Por ello, en relación con la memoria, se plantea otra de las formas de fragilidad que expongo muy tangencialmente, dada la brevedad necesaria de esta reflexión: la fragilidad de actos de monumentalidad espontánea, recurrentes en nuestras ciudades, territorios, carreteras. Una monumentalidad que surgió como una fuerza improvisada tras los actos de violencia que, desde el 11-S en Nueva York, en 2001, han ido adquiriendo un significado crucial en el nuevo milenio. Aun expresando un doloroso choque de culturas, generan actos y memoriales necesarios a partir de gestos y materiales sutiles, y son ofrendas a la justicia. Lo pudimos ver el 11-M en Madrid y, de nuevo, el 17 de agosto de 2017 en Barcelona. Lo hemos visto en toda Europa. Esos actos se renuevan cada vez que la violencia golpea, en todo el mundo. Surgen en las pocas horas de dolor inmediatas. Acaso no perduran, pero con el soporte de los medios de comunicación terminan grabando su impronta en el imaginario colectivo. Carlos Bitrián ha estudiado, en contraste con esta monumentalidad frágil, la propia fragilidad de lo monumental, como dos sistemas simétricos y mutuamente implicados que marcan o liberan el suelo común de hitos de memoria.

Los vínculos que se crean entre arquitectura y memoria apelan finalmente al derecho a transformar el espacio para hacer justicia a las vidas pasadas, aquellas que no han podido ser lloradas, utilizando la expresión de Judith Butler. Ese es el conflicto que causó el castigo terrible que Antígona recibió del tirano de Tebas, Creonte, por haber intentado construir, apenas sin medios, sola, la sepultura de su hermano, según la tragedia de Sófocles. María Zambrano escribió bellos

y tristes monólogos que puso en boca de Antígona, la enterrada viva, como si no hubiera muerto y sufriera eternamente su horrible encierro en un sepulcro inviolable. La violencia de la injusticia que consentimos pesa y pesará sobre el tiempo. Derribar muros y reconstruir sepulcros, levantar casas por la propia mano y ejercer el derecho a ocupar el espacio son aún actos arquitectónicos —también políticos— que acompañan a los actos de rebeldía.

Bibliografía

- ADORNO, Theodor (1985 [1962]). «Dificultades» [I «Para componer música»; II «Para comprender la nueva música»]. En: Sánchez Pascual, Andrés (trad. e intr.). *Impromptus. Serie de artículos musicales impresos de nuevo*. Barcelona: Laia.
- BRECHT, Bertolt (1984 [1935]). *El compromiso entre literatura y arte*. Barcelona: Península.
- BRITRIÁN, Carlos (2019). «Monumentalidad frágil o fragilidad monumental». En: Llorente, Marta (coord.). *Espacios frágiles en la ciudad contemporánea*. Madrid: Abada, págs. 143-191.
- BUTLER, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus (2008 [1962]). «Poesía y política». *Detalles*. Barcelona: Anagrama, págs. 193-218.
- LEFEBVRE, Henri (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- LLORENTE, Marta (2015). *La ciudad: huellas en el espacio habitado*. Barcelona: Acanalado.
- LLORENTE, Marta (coord.) (2019). *Espacios frágiles en la ciudad contemporánea. Representaciones y formas de ocupación del espacio urbano: Figuras de la fragilidad*. Madrid: Abada.
- POVEDANO, Marina (2019). «El ágora espontánea». En: Llorente, Marta (coord.). *Espacios frágiles en la ciudad contemporánea*. Madrid: Abada, págs. 221-249.
- ROSSO, Beppe; TARICCO, Filippo (2010). *La ciudad frágil*. Barcelona: Bellaterra.
- TURNER, John F. C. (2018). *Autoconstrucción. Por una autonomía del habitar*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- ZAMBRANO, María (2015). «Delirio de Antígona». En: Trueba Mira, Virginia (ed.). *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*. Madrid: Cátedra.